

tros, amados cristianos, ¿ no es justo que nuestra voluntad esté sometida á sus divinos mandamientos? ¿ seríamos los únicos, que osáramos por nuestras infidelidades y rebeliones, protestar contra esta obediencia, que le da la naturaleza entera? Pues, hermanos míos, fé, adoración, obediencia, tales son los tres principales deberes, que hemos de rendir á la santísima Trinidad...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, sí vivamos sometidos con todo nuestro corazón al Padre, que nos ha criado, al Hijo que nos ha rescatado, al Espíritu Santo que nos ha santificado, á esta augusta Trinidad, que nos ha hecho lo que somos... *Santo, Santo, Santo*, claman en lo alto, en los esplendores de los cielos, los coros de los ángeles y santos, sumergidos en las profundidades y delicias de esta adorable esencia, cuya contemplación hace su felicidad... Ah, unamos nuestros homenajes á sus homenajes, nuestras adoraciones á sus adoraciones. Pero sobre todo, carísimos hermanos, creamos con toda nuestra alma este augusto misterio, sin pretender sondear sus profundidades. El ojo no puede contemplar la brillante luz del sol, y el imprudente que se obstinara en contemplarle, perdería infaliblemente la vista. Nos es imposible acá en la tierra contemplar á Dios; allá arriba en el Paraíso, allá arriba sólamete Él se comunicará á nosotros y le veremos cara á cara <sup>1</sup>.

Cuentan, que el ilustre san Agustín, una de las más grandes inteligencias, uno de los hombres más sabios que han existido, se paseaba un día á la orilla del mar, intentando sondear y penetrar el misterio, de que hablamos. Delante de él preséntase un niño, que trabajaba con gran ardor en sacar con una concha el agua del mar, que ondeaba en la playa, vaciándola en un pequeño hoyo que había cavado en la arena. El santo doctor se para: — Hijo mío le dice con bondad, ¿ porqué te fatigas así? — ¡ Ah, quiero, respondió este último, vaciar toda el agua del mar en este hoyo. San Agustín se sonrió. — Imposible, amigo mío; dijo al niño, ¿ Imposible? replicó el ángel, pues este niño era un ángel,

1. Vease el *Intróito* de esta fiesta.

que Dios había enviado, para dar una lección al santo doctor; ¿ imposible! Ah, me es mas fácil á mí lograr lo que pretendo que á tí el sondear el augusto é impenetrable misterio que ocupa tus pensamientos en este momento. — Y el ángel desapareció. San Agustín comprendió la lección; se volvió á su casa con una fé menos curiosa y un corazón mas humilde: « Dios ha hablado, decía, esto debe ser suficiente. »

¡ O Dios tres veces santo, tres veces poderoso! Trinidad incomprendible, Luz eterna, tres veces feliz con vuestra propia felicidad! ¡ O unidad siempre verdadera! ¡ O verdad siempre una! ¡ O caridad siempre santa, fuente de todos los bienes! Regenerados en vuestro nombre, cantamos vuestras alabanzas. ¡ Ojalá pueda la fé hacernos gustar de antemano la dicha, que ambiciona nuestro amor! ¡ Gloria al Padre que nos ha criado, gloria al Hijo que nos ha rescatado, gloria á vos, divino Espíritu, que nos vivificais por la caridad! Sí, gloria, alabanza, y bendición en los siglos de los siglos á la adorable Trinidad <sup>1</sup>... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

(JUAN, VI, 56-59)

**La Eucaristia instituida para la mayor gloria de Dios y glorificación de nuestro Señor Jesucristo.**

TEXTO. *Caro enim meae vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.

EXORDIO. Me aprovecharé, hermanos míos, de la asistencia más que ordinaria, que esta hermosa festividad del Corpus Cristi ha

1. Cf. Himno de esta fiesta.

atraído esta mañana á esta Iglesia para hacer una observación, que ha de sernos útil á todos. No se lee bastante el Evangelio entre las familias, ni se se conoce bastante la vida admirable de Nuestro Señor Jesucristo... Supongamos que hayamos tenido entre nuestros abuelos un general ilustre ó un sabio famoso, cuya historia haya sido impresa; nos complaceríamos en leerla, en hacer oírla á los otros; hallaríamos placer en repetir: « Hé ahí lo que fué mi pariente, mi abuelo, mi tío ó mi hermano! » Pues bien Jesucristo es mucho más que esto para cada uno de nosotros; es nuestro Creador, nuestro Padre, nuestro Salvador, es nuestro hermano el Dios de nuestras almas; ¡y no procuramos conocer su vida, ni estudiar sus divinas enseñanzas!...

Estas reflexiones me las inspira el relato evangélico del día de hoy. ¿Quién de vosotros, amados hermanos míos, podría decir en qué circunstancias estas solemnes palabras fueron pronunciadas? Sin embargo, es bueno saberlo; éllas deben á estas circunstancias una autoridad y un majestad especiales... El divino Salvador acababa de alimentar cien mil personas con cinco panes... Atónita á este prodigio la muchedumbre, que le rodeaba, había querido proclamarle rey. Él se esconde; pero al día siguiente, mostrándose de nuevo á esta muchedumbre, que le había seguido, le revela el adorable misterio, que celebramos en este día. Como si Él hubiese dicho: « ¿Estais maravillados de haber visto multiplicarse el pan material en mis manos, pero os anuncio algo más inefable y maravilloso!... Yo mismo, me daré en comida, pues soy el pan vivo. » Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne, y bebe mi sangre en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, asimismo él que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo... No como vuestro padres comieron el maná, y murieron; él que come de este pan vivirá eternamente! »

PROPOSICIÓN. — Amados hermanos míos, dejemos á un lado las protestas de los Judíos, que no querían creer en este misterio amoroso. Sí, atrás los miserables é incrédulos!... Como los

Apóstoles, como san Pedro, unámonos á este buen Salvador; pues sólo Él tiene palabras que dan vida<sup>1</sup>. Veamos, pues, juntos las misteriosas razones, que han impulsado á nuestro augusto Redentor á instituir este adorable sacramento.

DIVISIÓN. — ¡Oh dulce Jesús, si me es permitido penetrar en los secretos de vuestro divino corazón, me parece haber adivinado tres: « *Primero*: la mas grande gloria de vuestro Padre; *segundo*: vuestra propia gloria, y *tercero*: nuestra mayor ventaja.

*Primera parte.* Jesucristo ha instituido la santa Eucaristía para la mayor gloria de su Padre y de la adorable Trinidad entera. Ya sabéis, hermanos míos, que la Eucaristía no es solamente un sacramento, en el cual recibimos el cuerpo, la sangre, el alma y divinidad del Salvador... No, élla es más que eso todavía!... Es un sacrificio. El sacrificio es el acto de adoración por excelencia; empieza desde los primeros días del mundo. Cain y Abel ofrecen sacrificios al Altísimo; Noé, al salir del arca, y Abraham en diversas circunstancias sacrifican víctimas para reconocer el soberano poder de Dios sobre toda criatura... Moisés manda y dispone los sacrificios que deben hacerse entre el pueblo judío. Unas veces emplean un cordero, otras una becerria, y algunas un cabron ó tórtolas... A cada una de estas víctimas le conviene un símbolo: unas se ofrecerán por la remisión de los pecados; estas para dar gracias á Dios de sus beneficios; aquellas como testimonio del dominio absoluto, que Dios ejerce en toda la naturaleza.

Pero ¡oh insignificantes víctimas ¿que podéis vosotras para la gloria de Dios? ¿Acaso necesita Él de la sangre de cabrones y becerras?... « No, santo Padre, dice Nuestro Señor Jesucristo, todos estos ofrecimientos no son dignos de vos!... Héme aquí, yo solo conozco vuestra infinita grandeza. Mejor que con todos estos holocaustos, sabré yo honraros, daros gracias imploraros y aplacaros... *Ecce venio...* » Héme aquí en la adorable Eucaristía, ofrecida todos los días en miles de altares. *Ecce venio...* ¡Oh profeta, habéis previsto esta maravilla; no cabe duda que

1. Cf. todo el capítulo de San Juan.

mucho tiempo ántes os la había revelado el Espíritu divino. « Vendrá un tiempo, decíais, en que cesarán todos los sacrificios de animales, y llegarán días, en los que se ofrecerá á la gloria del Altísimo un sacrificio adorable, una víctima pura, santa é inmaculada. »

Gracias á vos, ó muy amable Salvador, han llegado esos días; dulce é inefable víctima, no os habéis contentado con ofrecerlos en el Calvario!... No, cada día por los manos de pobres y débiles criaturas, que vos habéis investido del sacerdocio, bajáis á los altares para ser nuevamente inmolado!... Trinidad augusta, ¡ah debéis estar satisfecha! La víctima que se inmola es digna de vos, porque sabe bendeciros, adoraros y glorificaros!... No sabéis, hermanos míos, que Jesucristo, Dios-Hombre, está real y verdaderamente presente en nuestros altares cada vez que un sacerdote dice misa? ¿Ved á este Hijo de Dios, igual á su Padre y convertido en hermano nuestro por esa naturaleza de que se ha revestido en el seno de su piadosa Madre; vedle, repito, levantando sus manos para suplicar á su Padre y decirle en nuestro propio nombre: « Padre mío, yo os adoro, yo os bendigo, y doy gracias por los inefabes favores que concedéis á los hombres, dignaos así continuar dispensándoles vuestras gracias. O santo Padre, yo soy quien vengo en nombre de ellos, á ofrecerlos una satisfacción digna y á pedir perdón!... » Y efectivamente, es verdad! ¡Oh cielos admiraos y bendecid á Dios, ya que la tierra no puede comprender ni apreciar dignamente este misterio!... Qué gloria para Dios y que glorificaciones para la santísima Trinidad en estos ruegos y en esta inmolación de Jesús!...

Por eso, hermanos míos, cuán poderoso y eficaz es el augusto sacrificio que ofrecemos en el altar!... Y si nuestra fé fuese más viva, ¡como debiéramos hacernos un deber y un gozo de asistir con más frecuencia á la misa!... Un día un hombre célebre, tan valiente capitán como fiel cristiano, Alfonso de Albuquerque el conquistador de las Indias, navegaba en el Océano acompañado de una numerosa escuadra. De repente levántase una terrible tempestad, las olas amontonadas azotan los flancos de los navíos,

los cuales oscilan al choque de los mismos. El viento huracanado rompe las velas, haciendo gemir los mastiles y crujir todo el casco de los barcos. Millares de personas lanzan un grito angustioso!... Está acabado, la mar abre sus insondables abismos, y parece llegado el momento horroroso de perecer todos! Solo Alburquerque ha conservado su serenidad y confianza en Dios; de pié sobre el puente del principal barco, coge en sus brazos á un tierno niño que acababa de ser bautizado, y levantándolo hácia el cielo, exclama: « O Dios, sí, somos pecadores, sí, merecemos la muerte; pero este niño, ¿qué daño ha hecho? ¡Ah, os lo suplico, dignaos, Señor, por consideración de este inocente, perdonar á los pobres culpables. » Dios escuchó la oración de este héroe cristiano, y de repente cesó la tempestad.

Amados hermanos míos, esto es lo que el sacerdote hace en el altar ¿Necesito acaso deciros, que la impiedad, la indiferencia, el olvido de Dios y toda clase de iniquidades atraen sobre nosotros y nuestras pobres sociedades la cólera del Altísimo!... El castigo está para caer, y cansada la paciencia de Dios, van á llover sobre el mundo calamidades quizás inauditas! Quién pues hace suspender los golpes de su venganza, quién detiene su brazo irritado?... ¡Ah ahora mismo, al momento de la elevación, veréis la santa Hostia, el sacerdote la tendrá en sus manos, y como Alburquerque, dirá á Dios: « Sí, somos culpables, sí, merecemos la muerte; pero este dulce Jesús que se sacrifica por vuestra gloria y por nuestra salvación ¿no es digno de que le oigais favorablemente?... ¡Ah, ¡Ah, Señor, en atención á este inocente y á la gloria, que proporciona á vuestra suprema Majestad esta noble víctima, piedad, perdón para los pobres pecadores! »

*Segunda parte.* Hé añadido, hermanos míos, que Jesucristo ha instituido la santa Eucaristía para su propia gloria. Ciertamente puede este pensamiento parecer extraordinario á ciertas almas piadosas!... Y, en efecto, al ver lo que pasa en nuestros días: nuestras Iglesias casi desiertas, la sagrada mesa poco frecuentada, nadie ó por lo ménos un muy pequeño número de asistentes á la misa diaria, la sangre de Jesucristo manando en cierto modo en

el desierto, sin que haya á veces otro que el sacerdote para recogerla puede uno preguntarse como este adorable sacramento contribuye á la gloria de Jesús... Al considerar lo poco que se le visita, al recordar las irreverencias de que es objeto, al ver tantas comuniones indignas, tantas profanaciones y ultrajes por parte de los herejes y malos cristianos, ¡oh sí, parece enfín, que en el Tabernáculo Jesús es más bien humillado, que glorificado!... Si al menos, o dulce Salvador, manifestáseis vuestra presencia por por medio de algunas señales sensibles, si algunos rayos de vuestra Majestad brillasen á través de los velos que os cubren, si un sordo ruido semejante á la voz del Sinaí, saliendo de este altar, imprimiese el terror y respeto en el alma de aquellos, que vienen á postrarse ante vos, si vuestro dolor se manifestase, aunque solo fuese por una palabra amorosa, cuando un corazón indigno viene á recibirlos, si ós oyésemos decirle como á Judas: « Pobre amigo ¿ á qué has venido aquí? » Oh entónces los impíos mismos dirían: *Está allí!* Respetarían vuestra presencia, y este sacramento serviría en efecto para glorificaros! Pero nada! ni la menor señal, y excepto los milagros que algunas veces obráis en este misterio, nada, nada os revela!... Impedís hasta á los mismos ángeles, que constantemente os adoran cerca de nuestras altares, les impedís, digo, de manifestar vuestra presencia; no queréis ser visto sino por los ojos de la fé, ni ser conocido en cierto modo sino por los corazones, que os aman! Pues bien! ó adorable sacramento, misterio amoroso, ó Jesús de la Eucaristía, creo en vuestra presencia; os adoro, y no quiero tener otro deseo que el de amaros con toda mi alma...

Amados hermanos míos, qué homenaje y gloria para nuestro Salvador, al ver esta fé viva, humilde y enérgica, que todos los santos tenían en el misterio de la Eucaristía!... Mirad cuanta gente de todas edades, sexos, y clases sociales, viene á arrodillarse á los piés de nuestros Tabernáculos!... ¡Oh genios ilustres, oh antorchas del espíritu humano, brillante Crisóstomo, sabio Agustín, piadoso san Bernardo, profundo santo Tomás, ¿ que hacéis, pues, arrodillados junto al altar? ¡ Creemos y adoramos!... »

Y vos, poderoso Carlomagno, é ilustre San Luis, ¿ porqué os quitais vuestras brillantes coronas y os arrodilláis así sobre las losas del santuario?... — La misma respuesta, hermanos míos: « Creo y adoro!... » — Y vos, Zita, humilde criada, vos, Geneveva, vos Germana, pobres pastoras, qué gusto encontraréis, pues, al pié de estos altares?... La misma respuesta también: « Creo y adoro! » Y así, hermanos míos, si interrogásemos á todos los mártires, á todos los santos, á todos los piadosos cristianos, que han vivido, oíríamos salir de sus pechos todos el mismo grito. « Creo y adoro!... ¿ No véis pues, hermanos míos, en esta fé firme un gran respeto y una grande gloria para el Dios de la Eucaristía?... »

Y ahora, fijad un momento vuestra atención en un espectáculo, que acaso no os ha jamás conmovido, porque es muy comun. Recorred nuestras ciudades las más populosas, como nuestras aldeas más pobres, ¿ qué significan estas iglesias, estos campanarios? Para qué este edificio más vasto, más elevado, que domina á todas las demás construcciones, como un hombre poderoso, que cubriera á los débiles con su protección? Penetremos en este edificio. Para qué esas cruces, esos altares? ¿ Qué significa esa lámpara, que arde día y noche? Ah! á esa señal reconocéis nuestras iglesias católicas, y sentís la presencia de Jesús? ¿ Véis en el sitio más vistoso del altar mayor, ese mármol ó madera, ricamente decorada?... Es el Tabernáculo... Y qué quiere decir esa palabra? *Tienda, abrigo, morada!* ¿ Y quién habita allí? ¿ Quién? El Dios de la Eucaristía, Jesús nuestro Salvador está allí realmente, substancialmente. Luego, hermanos míos, el Tabernáculo ha sido construido para recibir á Jesucristo; el altar para el Tabernáculo, y nuestras iglesias y catedrales para resguardar nuestros altares. Gloria, pues, al Dios de la Eucaristía. Ningun príncipe ha poseído tantos palacios, nunca jamás la adulación, ni la lisonja han quemado durante un siglo ante los potentados de este mundo tanto incienso, como el Dios de la Eucaristía recibe en un día solo!...

Ah! hermanos míos, la fiesta que celebramos hoy, ¿ no es un

brillante testimonio de esta gloria de Jesús en la Eucaristía? Porqué esos altares de ramaje levantados hasta en las mas pobres aldeas! Porqué en este día tantas flores cortadas de sus tallos, deshojadas y esparcidas, ostentando sus colores y exhalando su embriagador aroma en todos los sitios, por donde ha de pasar el Dios de la Eucaristía? Porqué esa procesión solemne y esos cánticos de triunfo? ¿No es con el fin de rendir homenaje al augusto sacramento de nuestras altares? Sí, ó buen Jesús, lo comprendo, habéis instituido este misterio para daros á conocer mejor, como asimismo para haceros honrar y glorificar!...

Ah, amados cristianos, mejor comprenderíamos aun que la Santa Eucaristía contribuye á la gloria de nuestro Redentor, si pudiésemos ver todas las comuniones fervientes, que han hecho tantas almas desde su institución, y todos los actos de adoración, de fé y de piedad, de los cuales élla fué el principio! Responded en nombre de tantas almas enrojadas en esta hornaza de amor, ¡oh piadosa Juliana de Falconeri... Privada de la dicha de recibir la santa comunión por sus continuos vómitos, esta tierna amante de Jesús suplica á su confesor que traiga á su celda el Dios de la Eucaristía, para al ménos adorarle y gozar de su presencia, puesto que no puede tener el inefable gozo de recibirle!... — ¡Oh serafines! son vuestras adoraciones más fervientes; vuestros suspiros amorosos más ardientes que los de esta pobre enferma? ¿Qué le decía ésta á Jesús? ¿Qué le respondía este adorable Salvador? No lo sé... Pero el Dios de la Eucaristía, siempre bueno con los suyos, no pude resistir al deseo de su humilde sierva; saliendo milagrosamente del copon sagrado, la hostia fué por sí misma á introducirse en el pecho de la piadosa moribunda. Se encontró en su corazón el sello que la hostia había impreso; y comulgada así, expiró santa Juliana poco despues, bendiciendo y glorificando al Dios de la Eucaristía!...

Efectivamente, hermanos míos, tantas comuniones piadosas, esas solemnes procesiones, y esas innumerables iglesias elevadas como otros tantos palacios en honor del príncipe de la paz, que reside en el Santísimo Sacramento, todo eso debe hacernos com-

prender que Jesucristo ha instituido la Eucaristía para su gloria, como la había instituido para la de su Padre.

PERORACIÓN. Tenía intención de demostraros, que nuestro divino Salvador había tenido tambien en cuenta nuestra mayor ventaja, al establecer este adorable sacramento. No quiero abusar de vuestra atención, y me propongo desarrollar este punto el domingo próximo. Pero, ó amados hermanos míos, pidámosle á Dios desde hoy, nos conceda la gracia de conocer, venerar, adorar y admirar este misterio amoroso!...

Un piadoso misionero, que subió un día al púlpito con intención de hablar sobre la Santa Eucaristía, empezó así su sermón: « *El Maestro está aquí y os llama. Magister adest et vocat te.* » Jesús esta allí, dice, señalando el tabernáculo, nos invita, y nos llama con urgencia. Despues las lágrimas cortaron su voz; no puede acabar su discurso, sólo pronunciaba siempre estas palabras: « *Jesús está allí!...* » Tal vez, amados hermanos míos, al ver sus lágrimas y su emoción debieron sus oyentes comprender mejor la grandeza y sublimidad de este misterio!... Tal vez, ó dulce Salvador, en frente de este prodigio amoroso, un silencio tierno, algunas lágrimas del corazón serían la más elocuente predicación! *Tibi silentium laus!...* Jesús está allí, Jesús el Hijo de Dios, el Verbo del Padre eterno, Jesús hecho hombre en vuestras purísimas entrañas, ó noble Virgen María, Jesús muerto en la cruz por nosotros, Jesús, juez supremo de vivos y muertos, Jesús está allí, cerca de nosotros, á nuestra vista; nos invita, nos llama con urgencia!...

Amados hermanos míos, cuando salga de nuestra querida iglesia para ser llevado en triunfo por las calles de nuestra humilde aldea, para derramar sus bendiciones sobre nosotros, sobre nuestras familias, y sobre todo lo que nos pertenece; ah entonces sigámosle con respeto, roguémosle con fervor, adorémosle, glorifiquémosle; evitemos las conversaciones profanas y esa disipación, que denotarían de nuestra parte una fé vacilante y constituirían un ultraje para él, escandalizando al propio tiempo á las almas piadosas, que le acompañen.

O dulce Jesús, sí, queremos alabaros, glorificaros y bendeciros; o buen Pastor, o pan de vida, tened compasión de nosotros, dignaos protegernos acá en la tierra, y alimentarnos con vuestra sagrada carne; dignaos asimismo en la tierra de los vivos hacernos gozar de los bienes, que reserváis á vuestros elegidos!... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DE LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON; TERCER DOMINGO  
DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. JUAN, XIX, 31-35.)

**Eucaristía instituida para nuestra mayor ventaja ; Jesus verdadero médico de nuestras almas.**

TEXTO. *Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exiit sanguis et aqua.* Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelista san Juán, despues de haber referido la traición de Judas, la prision de Jesús, su flagelación y crucifixión, despues de habernos repetido las conmovedoras palabras, con que al morir el Salvador nos legaba á su dulce Madre, la amable Virgen María, para ser Madre de todos nosotros; en fin, despues de habernos mostrado á este divino Salvador expirando; cuando vió que todo había acabado, continua su relato en estos términos: « Entonces los Judíos, por cuanto era la víspera de la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el Sábado, pues era grande el día del Sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. Pilato accedió á su demanda, los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados al lado de Jesús. Más cuando vinieron á Jesús, como le vieron ya muerto, no le

quebraron las piernas, empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y luego salió sangre y agua. Y él que lo vió, añade san Juan, da testimonio, y su testimonio es verdadero. »

Tal es, hermanos míos, el Evangelio señalado para esta bella fiesta del sagrado Corazon, que celebramos en este día. ¡ Tierna inspiración de las almas piadosas! Casi en toda la Iglesia, despues de la fiesta de la Eucaristía, es la fiesta del sagrado Corazon de María, la glorificación y celebración de su inefable ternura para con nuestras almas!... En efecto, la Santa Eucaristía es quizás la más incomprensible manifestación de este prodigioso amor, que nos ha mostrado Jesucristo, presente en esta Iglesia, dándose á nosotros enteramente en su adorable Sacramento! Jesucristo en medio de nosotros de día y de noche, no teniendo las más de las veces otro compañero de su sacrificio desconocido que la pequeña lámpara, que arde delante de Él! Qué materia de piadosas y tristes reflexiones!...

PROPOSICIÓN. El domingo último os dijimos, hermanos míos, cómo la institución de la Santa Eucaristía, sacrificio y sacramento á la vez, contribuía á la gloria de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, Dios-Hombre. Entonces carecimos de tiempo para explicaros cómo el corazon tan bondadoso de nuestro divino Salvador los había establecido para el mayor bien de nuestras almas. Esto es, pues, lo que me propongo explicaros esta mañana.

DIVISIÓN. Cuán dulces son vuestros tabernáculos, ó Dios de la Eucaristía! Almas piadosas, que gustais de aproximaros allí, vosotras habéis probado, saboreado y sabréis por experiencia cuán dulce es Él Señor! Cuanto podría decirse con respecto á su adorable persona! Pero me detendré solamente en un pensamiento claro, fácil y que estará al alcance de todos (hasta de los niños que están preparándose á recibir la primera comunión, ó de aquellos que acaban de hacerla) Jesús, médico, Jesús divino medicamento, que cura á nuestras almas con el inefable sacramento; hé aquí el único pensamiento, del cual pienso ocuparme esta mañana; y espero que esto bastará para hacernos compren-